



LA VIDA PRIVADA DE SHERLOCK HOLMES

The private life of Sherlock Holmes

Billy Wilder, 1970

Sinopsis • Argumento • Comentarios • Reparto

SINOPSIS

Una mujer es rescatada de las aguas del Támesis y llevada a casa de Holmes, cuya dirección llevaba anotada en un papel. La mujer padece una fuerte amnesia, pero el investigador logra descubrir que se trata de la esposa de un ingeniero belga que al poco de empezar a trabajar para una compañía inglesa dejó de contestar a sus cartas. La mujer pide a Holmes que la ayude a encontrar a su marido. La desaparición de unos enanos, una jaula de canarios y un viaje al lago Ness ponen a Holmes en la buena pista.

ARGUMENTO

Sobre una placa, grabada con el nombre de "Cox & Co, bankers", se refleja la vida callejera de un Londres nada victoriano. Dos hombres entran a un oscuro almacén. Voz en off: "En algún lugar de los sótanos del banco Cox & Co se guarda una caja que lleva mi nombre y que no debe abrirse hasta cincuenta años después de mi muerte". Los dos hombres traen a primer plano una caja en la que puede leerse el nombre de John H. Watson, M.D. "Contiene ciertos recuerdos de mi larga asociación con el hombre que convirtió la ciencia de la deducción en un arte: el primero del mundo e, innegablemente, el más famoso detective". Sobre la caja abierta se lee el título del film.

De la caja se extraen fotografías y efectos de Sherlock Holmes: la gorra, la pipa, la lupa, unas esposas, el siete de picas, la placa del 221b, una partitura escrita por Holmes para Ilse von Hoffmanstal, un reloj con la foto de Ilse, una brújula, una jeringuilla, una bola de vidrio en cuyo interior cae la nieve y un testamento: "A mis herederos: A lo largo de mi vida he publicado unos sesenta relatos que demuestran el singular talento de mi amigo Sherlock Holmes y que comprenden los más diversos casos, desde el perro de Baskerville hasta su misterioso hermano Mycroft, pasando por el diabólico profesor Moriarty. Pero hubo otros casos que por razones de discreción he decidido no dar a conocer al público hasta esta fecha prudentemente demorada. Se refieren a asuntos de una delicada e incluso a veces un tanto escandalosa naturaleza, como muy pronto se hará patente. Corría el mes de agosto de 1887 y regresábamos de Yorkshire, donde Holmes había resuelto el misterioso caso...".

Un carro se detiene ante el número 221b de Baker St. Sus ocupantes, Watson y Holmes, son recibidos por la Sra. Hudson. En la sala, Watson se muestra entusiasmado ante un ejemplar del Strand en el que le publican *La Liga de los Pelirrojos*.

Holmes reprocha a Watson que le haya creado una imagen literaria a la que ahora debe amoldarse, porque así es como el público espera verlo. “Le ha dado al lector la equivocada impresión de que soy un misógino y en realidad no me desagradan las mujeres, simplemente desconfío de ellas: el guiño en los ojos y el arsénico en la sopa. Me ha pintado como toxicómano incurable sólo porque ocasionalmente tomo una solución de cocaína al cinco por ciento. -¡Al siete por ciento! -Mi querido amigo, sólo recorro a los narcóticos cuando sufro un ataque agudo de aburrimiento”.

Holmes lamenta que recurran a él para encontrar media docena de enanos desaparecidos de un circo entre Londres y Bristol. Reprocha a la Sra. Hudson que haya limpiado el polvo, “parte esencial de mi sistema de clasificación”. Se enfrasca en un estudio sobre la ceniza del tabaco. Toca el violín mientras Watson escribe algún relato. Finalmente, se inyecta cocaína.

Madame Petrova (min. 12)

Watson convence a Holmes para que acuda a una representación del ballet ruso para la cual han recibido dos invitaciones, acompañadas de una petición de ayuda. En su palco, Holmes prefiere dormir a contemplar las evoluciones de la singular Petrova. Súbitamente, irrumpe en el palco el director del ballet, Rozoghin, que le interroga sobre su salud y le invita a una fiesta que celebrarán en el escenario al acabar la representación. Mientras Watson se divierte con las bailarinas, Rozoghin informa a Holmes de que Petrova ha decidido retirarse y dedicarse a la educación de su hijo. Pero antes debe tenerlo, y quiere que el padre sea el hombre más inteligente del mundo. Tras descartar a Tolstoi por viejo, a Nietzsche por alemán y a Tchaikovsky porque “las mujeres no son su debilidad”, le corresponde el turno a Holmes, que a cambio recibirá un estradivarius de 1709. Holmes retrocede hasta que su espalda toca la pared y tras aducir algunos impedimentos ineficaces, cree encontrar la solución: “Hay un problema: yo no soy un hombre libre. -¡Pero si es soltero! -Un soltero que lleva viviendo con otro soltero los últimos cinco años. ¡Cinco años muy felices! -¿Insinúa que el doctor Watson y usted...? ¿Él es... su debilidad?”. Holmes asiente y sale del camerino. En el escenario, Watson, con una flor roja en la oreja, baila con las chicas rusas y deja que Holmes se marche solo. Rozoghin dice a una de las chicas que Watson es homosexual. La voz corre entre los reunidos. Paulatinamente, las chicas que rodean a Watson van siendo reemplazadas por chicos. Cuando Watson se entera de la falacia de Holmes, deja la fiesta y corre hacia la casa.

La ambigüedad sexual de Holmes (min. 28)

Watson increpa colérico a Holmes: “Ya nunca podré ir con la cabeza alta en la buena sociedad, y si tuviera que volver a mi antiguo regimiento... ¡Usted no conoce el Quinto de Fusileros de Northumberland! ¡Condenado a la ignominia! ¿Qué puedo hacer? -Yo, para empezar, me desprendería de esa flor [Watson lleva aún la flor en la oreja]. -Usted puede pensar que es divertido, pero viajamos en el mismo barco. Hay que tomar medidas de urgencia. Tal vez si nos casáramos... -Entonces sí que hablarían. -Es evidente que no podemos seguir viviendo bajo el mismo techo. -Sí, podemos seguir viéndonos clandestinamente en algún apartado banco de Hyde Park y en las salas de espera de las estaciones suburbanas. -¡Es ridículo! ¡No tenemos nada que ocultar! -¡Es lo que intentaba decirle! -¡Al primer malintencionado lo demandaremos por difamación! -Nadie se atrevería. Después de todo tiene usted

un envidiable historial con el bello sexo. -Muy cierto. Mujeres de tres continentes podrían atestiguar a mi favor. Y usted tendrá algunas que podrían hacerlo al suyo [se queda serio y avanza hacia Holmes]. ¿Podrían hacerlo? -Buenas noches, Watson [inicia un mutis]. -¡Holmes! Permítame una pregunta. No quisiera parecerle indiscreto, pero ¿ha habido mujeres en su vida? -La respuesta es sí [Watson suspira, aliviado]. Me parece usted indiscreto”.

Gabrielle Valladon (min. 32)

Voz en off: “¿Cuál era de veras su actitud hacia las mujeres? ¿Había algún secreto que guardaba para sí o era sólo una máquina pensante incapaz de sentir emoción alguna? No obtendría respuesta a mi pregunta hasta que nos vimos envueltos en el caso más complicado de cuantos se nos presentaron en todos los años que vivimos juntos”.

Noche. Llega un carro a Baker St. El cochero trae una mujer a la que dice haber rescatado del río. La mujer no recuerda nada, pero en su mano llevaba un papel con la dirección a la que ha sido traída. Tras dejar a la mujer, el cochero recoge a un sujeto misterioso que aguarda en la otra acera el resultado de la gestión.

La mujer tiene “un serio golpe” en la cabeza. Ha perdido la memoria, habla francés y lleva ropas compradas en Bruselas. Por su anillo, Holmes deduce que se llama Gabrielle y está casada con Emil. Watson se muestra excitado: “Holmes, nunca hemos tenido un caso como éste. Una mujer nos viene con un problema. No sabemos quién es la mujer ni cuál es el problema. ¿No es un desafío?”. Holmes, inquieto por la presencia de una mujer en la casa, considera que el caso debe ser zanjado urgentemente: “Cuanto antes resolvamos el caso antes nos desharemos de ella”.

El inserto del bobby – La desnudez de Gabrielle (min. 40)

Un bobby avanza confiado por la calle. Súbitamente, muestra cierta alarma por lo que intuye que se le avecina y se sube a unas escaleras. Cuando pasa el coche que riega las aceras, el bobby vuelve a pasear tranquilamente.

Holmes abre la puerta del dormitorio y contempla la desnudez de Gabrielle, tendida sobre la cama. Al cerrar la puerta, la mujer pronuncia el nombre de su marido y sale, presentándose desnuda ante Holmes, al que se abraza, confundiéndole con Emil. Luego se tiende en el sofá y lo llama a su lado. Él acude, pero con un espejo de aumento que le permite ver un número, 301, escrito en la mano de la mujer.

Tras haber dormido en el sofá, a Watson le duele todo el cuerpo. La Sra. Hudson le practica unos estiramientos. Watson y Hudson descubren a Gabrielle en la cama de Holmes. En ese momento llega el detective, que desoye los reproches, puritanos de la una y envidiosos del otro. Trae la maleta de Gabrielle, que ha recogido del número 301 de la consigna de la estación Victoria.

Gabrielle aporta nuevos datos: se casó en el Congo hace cinco años. Su marido inventó una bomba de aire y fue contratado por una compañía inglesa. Ella

enviaba cartas hasta que dejó de recibir contestación y decidió ir a Londres. Allí no encontró ni rastro de su marido y una noche fue asaltada.

En la tienda abandonada (min. 49)

Holmes pide a Gabrielle que escriba una nueva carta a su marido. Los tres se presentan en la dirección destinataria, que corresponde a una tienda vacía. Bajo una lona hay decenas de canarios. Una anciana en silla de ruedas da de comer a los pájaros y recoge la carta. Llegan dos hombres que se llevan dos docenas de canarios. La anciana pregunta: “¿Y qué hacen con todos estos canarios? -Cuando se trabaja para Jonás es mejor no hacer preguntas. ¿Qué hacemos con la carta, la metemos también? -(Anciana) No, la carta la recogerán personalmente”. Cuando se van los hombres, la anciana deja otra carta sobre el jaulón y sale.

La carta que ha dejado la anciana va dirigida a Holmes. Es de su hermano Mycroft, que le cita en el Club. Holmes se refiere a Mycroft como “una mente maquiavélica”. No tarda en saber el motivo de la cita: “Ha llegado a mis oídos que estás interesado en los asuntos de cierto ingeniero. Te sugiero que no sigas adelante. Ese asunto incumbe a la seguridad nacional y, por lo tanto, lo llevamos nosotros. -(Watson) ¿Quiénes son 'nosotros'? -(Holmes) El Club Diógenes, por supuesto. Siempre sospeché que había alguna conexión entre esta medio momificada y decadente institución y el ministerio de Asuntos Exteriores. -(Mycroft) ¡Qué viva imaginación la de mi hermano! A los cinco años dedujo que a los niños no los traía la cigüeña, sino la comadrona... en su maletín”. Un empleado trae una nota. Mycroft da una respuesta en clave, que Holmes descifra sin dificultad.

Holmes y Watson regresan a Baker St. Su llegada es vigilada por el cochero y el tipo misterioso. Holmes expone su plan a Gabrielle que, agradecida, lo besa en la cara. Holmes, fríamente: “Esto no era necesario”. Gabrielle se acerca a la ventana con la sombrilla y la abre repetidas veces. Desde el carruaje, el hombre misterioso recibe el mensaje.

Camino de Inverness (min. 65)

Holmes y Gabrielle viajan en un tren, haciéndose pasar por el matrimonio Ashdown. Tumbada en su litera, Gabrielle comenta algunas afirmaciones vertidas por Watson sobre Holmes en el Strand. Desde la penumbra de la suya, Holmes replica: “La verdad es que no soy un ferviente admirador del género femenino. La mujer más cariñosa que he conocido era una asesina. Fue una de mis aventuras pasionales en horas libres, en mi laboratorio, y ella mientras, a mis espaldas, robaba cianuro para espolvorear con él la cena de su marido. -No puede juzgar a todas las mujeres por... -Desde luego que no. Sólo aquellas con las que me he visto involucrado, y no sólo profesionalmente (cleptomaníacas, ninfomaníacas, piromaníacas), sino, mi prometida, por ejemplo. Era la hija de mi profesor de violín. Íbamos ya a celebrar la boda y veinticuatro horas antes se muere de una gripe. Eso prueba mi teoría de que las mujeres no son dignas de confianza en ninguna circunstancia”. Por su parte, Watson, supuesto sirviente de los Ashdown, viaja rodeado de monjes. Uno de ellos, el hombre misterioso, lee en una Biblia el libro de Jonás. Cuando Watson se duerme los monjes hablan entre sí en alemán.

Inverness. El valle de los Tejos, al que Mycroft hizo enviar unas cajas, resulta ser un cementerio. Holmes, Watson y Gabrielle llegan a tiempo de ver cómo

entierran tres cajas, una de tamaño normal y dos pequeñas. El sepulturero dice que son víctimas del monstruo del lago Ness. Poco después llegan cuatro enanos y rezan ante las dos tumbas menores. Cuando se van, Holmes abre el tercer ataúd. Al ver el cadáver, Gabrielle se desmaya. Se trata de Emil Valladon, sobre cuyo cuerpo han depositado tres canarios blancos.

Los investigadores toman alojamiento. Desde el balcón, Watson ve al monstruo, pero cuando mira Holmes ya se ha ocultado en la niebla. A Watson le irrita no ser creído: “¿Cómo puede decirme ahora que son cosas de mi imaginación cuando durante años se ha cansado usted de decirme que yo jamás he tenido la menor imaginación?”.

Los Ashdown y su sirviente hacen turismo en bicicleta, visitando castillos. Mientras almuerzan en el campo, Watson ve pasar a los monjes del tren. Gabrielle les hace señas con su sombrilla. Al reanudar su viaje llegan a un castillo en restauración. Tienen ocasión de ver la llegada de los canarios y unas garrafas de ácido sulfúrico. Holmes explica que este ácido, al mezclarse con agua salada, produce gas de cloro, sustancia que mató al marido de Gabrielle.

Al anochecer, se acercan al castillo en barca. Auscultando el agua, Holmes detecta un motor que se acerca. Se trata del monstruo que, tras hacer zozobrar su barca, arrojándolos al agua, se mete en el castillo.

En el albergue, Holmes explica que el falso monstruo es en realidad un engendro mecánico que funciona con la bomba inventada por el marido de Gabrielle. Llega una botella de champán para Holmes, que debe entregarla en algún lugar. Abajo le espera un coche. El cochero le dice que le lleva a una fiesta cuyo anfitrión es Jonás. El destino es el castillo, donde Sherlock es recibido por su hermano Mycroft. A Holmes le basta ojear unos planos para adelantarse a la explicación de su hermano: “Creo que estáis probando algún tipo de nave submarina, un modelo experimental manipulado por enanos, que funciona con baterías de ácido sulfúrico y que utilizáis canarios para detectar cualquier escape de gas. ¿Cómo dice la Biblia? Y Jonás vivió en el vientre de la ballena durante tres días y tres noches. -Ése era nuestro objetivo. Y gracias a la bomba de aire de Valladon nos adelantamos a los demás”. Mycroft admite que en uno de los ensayos, murieron Valladon y dos de los enanos. Pero también aclara que Gabrielle no es la viuda del ingeniero, sino una espía alemana. “Sabían que Valladon trabajaba para nosotros, pero no sabían dónde. Así que decidieron utilizar el mejor cerebro inglés para que les ayudara”. La verdadera señora Valladon fue asesinada por los alemanes. La Gabrielle que acompaña a Holmes es en realidad Ilse von Hoffmanstal.

La reina Victoria llega al castillo para inaugurar el sumergible, de nombre Jonás. La reina es una ferviente lectora de los relatos escritos por Watson. Como es bajita se alegra de que los marinos sean enanos: “Es muy fatigoso tener que ponerse de puntillas para prender las condecoraciones”. Aunque le gustaría que la nave tuviera un fondo de cristal. “Señora, el Jonás está concebido como barco de guerra. -¿Un barco de guerra!? ¡Párenlo! -Majestad, me explicaré. El almirantazgo considera esta nave la última palabra como arma de guerra. Puede localizar barcos y hundirlos con sus torpedos mientras permanece absolutamente invisible. -¿Puede disparar sobre otros barcos ocultos bajo el agua, sin previo aviso y sin mostrar su bandera? -Eso es, señora. -Señor Holmes, eso no es de nuestro agrado. Eso es antideportivo, antiinglés, por supuesto, y además de muy mal gusto. No queremos

semejante barco. ¡Y pensar que nos quejamos de cómo va el mundo!”. La reina se niega a admitir que su nieto, el káiser Guillermo II, esté haciendo pruebas con un dirigible para bombardear Buckingham y ordena que se deshagan del sumergible. Cuando la reina se va, Sherlock resume: “Bien Mycroft, parece que los dos hemos sido derrotados por una mujer”. Su hermano le propone que colabore con él para burlar a los alemanes.

Albergue. Holmes cubre el cuerpo de Ilse, echada en la cama. A través de la ventana ve a los monjes. Coge la sombrilla y golpea la lámpara para despertar a Ilse, a la que llama por su verdadero nombre. Luego, hace señales con la sombrilla, indicando a los monjes dónde está el submarino, que deben encontrar con los motores en marcha. Holmes sugiere a Ilse que haga la maleta porque Mycroft va a venir a llevársela. Ella confiesa que escogió esa misión para enfrentarse a él y que lamenta no haber estado a su altura. Watson llega excitado porque acaba de ver al monstruo en el lago. Desde la ventana, Holmes dirige su catalejo hacia la nave, a tiempo de ver cómo explota con los falsos monjes en su interior. Llega Mycroft. Por sugerencia de Sherlock, Ilse no será encerrada, sino canjeada por un agente inglés. Watson se desespera porque no entiende nada. Desde el carruaje que se aleja, Ilse dedica un último mensaje a Sherlock con la sombrilla: “Auf Wiedersehen”.

Holmes y Watson desayunan en Baker St. Reciben una carta del club Diógenes que llena de consternación a Holmes. Su hermano le comunica que Ilse ha sido detenida y fusilada en Japón. Los últimos meses había estado utilizando el nombre de Sra. Ashdown. Holmes vuelve a abrir el maletín donde guarda la cocaína y se retira a su aposento. Watson empieza a escribir un relato que se supone le ha sido contado por Holmes y que no será hecho público hasta cincuenta años después de su muerte.

COMENTARIOS

En este añadido a las aventuras de Sherlock Holmes la peripecia mantiene la simpleza habitual de los relatos de Doyle, con deducciones como la de que Emil Valladon haya trabajado en una mina de cobre porque la alianza de su esposa era de este metal o el aparatoso sistema de comunicación empleado por los alemanes, a base de sombrillazos.

Wilder incurre en un anacronismo al situar la acción en 1887. Ése fue, precisamente, el año de publicación del primer relato sobre Sherlock Holmes y, sin embargo, Wilder deja claro que para entonces ya eran del dominio público varias de las más populares aventuras del detective: Holmes reprocha a Watson que le haya creado una imagen literaria a la que ahora debe amoldarse; Mme Petrova elogia *El perro de Baskerville* (que es de 1892), y Gabrielle lee ejemplares atrasados del Strand, en los que Watson cuenta casos anteriores de Holmes.

Otras licencias del director tienen que ver con el desenlace de varias situaciones, como las apariciones del espía alemán o cuando Mycroft entrega a Sherlock la sombrilla de Gabrielle y el estetoscopio de Watson, que estaban flotando en el agua: ¿un estetoscopio flota?

También la comicidad, en la que Wilder es maestro indiscutible, resulta aquí bastante irregular. Hay demasiados recursos trillados, como el gag visual de

Holmes en el lago, levantando el sombrero de Watson como si esperase que su amigo estuviese debajo; o la queja del doctor: “¿Cómo puede decirme ahora que son cosas de mi imaginación cuando durante años se ha cansado usted de decirme que yo jamás he tenido la menor imaginación?” (Ringo Starr ya lo decía de sí mismo en el *Submarino amarillo*). La presencia de la reina enana tiene su gracia, pero se atraganta la ingenuidad antibeligerante que se le atribuye, y aun más cuesta aceptar que la Armada británica destruya su mejor arma obedeciendo una orden tan infantil.

Donde el acierto es pleno es en la recreación del ambiente, climático y psicológico, al que contribuyen de un modo decisivo el color de la fotografía de Christopher Challis y la excelente banda sonora de Miklos Rozsa, que compuso el Concierto para violín, Opus 24, especialmente para esta película, a petición de Wilder.

En cualquier caso, el trabajo de Wilder queda ensombrecido por las circunstancias que envolvieron la posproducción. La mitad de la película se quedó en la mesa de montaje porque los productores no aceptaron la excesiva duración de la película, llegando incluso a amenazar con archivarla si no se reducía. Wilder se negó a cortar su obra y, por primera vez en su carrera, dejó la edición en otras manos. Un claro error de montaje es el inserto del bobby que se sube a las escaleras temeroso de que el carro le moje los zapatos. Quien habiendo desechado después media película confió en la gracia de esta secuencia debió colocarla entre dos episodios, pero no en el cuerpo de uno de ellos.

FGI

¡Qué grande es el cine!

JM de Prada: “Wilder muestra cierto desconcierto en esta película. Como indica el título, quiere mostrar la otra cara de Holmes, la contraria a los tópicos, y sin embargo se regodea en todos los tópicos. Por otro lado, presenta una trama policiaca que no funciona, en la que ni él mismo cree, como demuestra que desde el primer momento declare que la chica es mala, y sin embargo la mantiene durante hora y media”.

Luis Alberto de Cuenca: “Wilder no consigue en absoluto armonizar el itinerario sentimental del detective con el tono de farsa (...) Lo que ocurrió es que Wilder se equivocó al querer rodar una película de larga duración con dos actores de poco renombre. Son los Mirichs los que se niegan a estrenar una película tan larga, y la United Artists anuncia que va a guardarla en los archivos si no la corta. Entonces, Wilder tira la toalla porque se siente psicológicamente incapaz de cortar algo que ha concebido de arriba abajo perfecto, y la deja en manos del montador, Ernest Walter, que demostró poco talento en su intervención”.

“Había cuatro episodios, cada uno presentado con un cartel: el primero, *El curioso caso de la habitación patas arriba*, del que no queda prácticamente nada; *El singular caso de la bailarina rusa*, del que queda casi todo, excepto el desenlace, que ha sido erróneamente llevado al final de la película; en *El pavoroso caso de los recién casados desnudos* aparecía por primera vez un desnudo integral en una película de Billy Wilder; y la aventura *El detective pasmado* es la que enlaza con su amor por la espía”.

Eduardo Torres Dulce: “La película empezaba con el nieto de Watson, un veterinario que por un caso de fiebre aftosa va a Londres. En Cox & Co le dan una serie de objetos, entre ellos uno de los manuscritos de su abuelo. Luego venía la escena del tren, en la que las habilidades deductivas de Holmes provocan que el italiano se tire por la ventanilla. De ahí pasaba a la situación normal en la que Watson, ante el abuso de la cocaína, se inventa la aventura de la habitación al revés, que Holmes descubre como una farsa. Ese episodio duraba 30 minutos y de él sólo se conserva el sonido. En el episodio del trasatlántico Holmes y Watson se intercambian los papeles poniéndose cada cual el sombrero del otro, y es un desastre, porque se mete en el camarote de unos recién casados que están desnudos. Duraba 15 minutos, y de él sólo se conserva la imagen, pero no el sonido. Y luego queda el flashback del viaje a Inverness, en el que Holmes cuenta a Gabrielle su decepción cuando se enamoró de una prostituta”.

Alberto Lucheti

El siguiente relato que aparece en el libro *Nadie es perfecto*, de Hellmuth Karasek, demuestra que Wilder y Diamond eran tal para cual: “Mientras daban forma a *La vida privada de Sherlock Holmes* se encontraron con una escena, en la que Holmes coincide por primera vez con Moriarty. La escribieron una docena de veces. Cuando pensaban que ya la tenían, Wilder le pidió a Diamond que la leyera en voz alta y escuchó con los ojos cerrados. Al terminar, Diamond dijo, viendo que su colega parecía entusiasmado: “Está muy bien, ¿no te parece?”. “¿Muy bien?”, respondió Wilder saltando de su silla, “¿Muy bien? ¡Es perfecta! ¡Ahora vamos a mejorarla!”. Al final, la escena no se incluyó en el guion.

REPARTO

Sherlock Holmes	Robert Stephens
Dr. Watson	Colin Blakely
Gabrielle Valladon / Ilse von Hoffmanstal	Geneviève Page
Mycroft Holmes	Christopher Lee
Madame Petrova	Tamara Toumanova
Rogozhin	Clive Revill
Mrs. Hudson	Irene Handl
Enterrador	Stanley Holloway
Reina Victoria	Mollie Maureen
Inspector Lestrade	George Benson
Miklos Rozsa aparece en pantalla, sin figurar en los créditos.	